

Deporte, sociedad y lengua

LUIS CORTES

¿COMO puede ser que una lengua abandonada se encuentre en semejante cambio de expansión?, se preguntaba hace unos años Cambio 16, número 859/16-5-88, con tino, un anónimo articulista, al referirse a nuestra lengua española. La respuesta la daba él mismo: «las explicaciones son dos: primero, el Gobierno español no es el único factor del cual depende la suerte del castellano. Y segundo, el español avanza 'a pesar de' y no 'gracias a' la actitud oficial del país que lo inventó hace mil años, lo exportó hace quinientos al Nuevo Mundo y, según muchos, hoy lo tiene abandonado».

Dos acontecimientos deportivos de este verano, la Vuelta ciclista a Francia y el Campeonato de Voley-Playa de Almería han servido, aunque de forma distinta en sus procedimientos, como son sus respectivas proyecciones en el mundo, de ejemplos de cómo se puede agredir a nuestra lengua, bien desde la estupidez bien desde la ignorancia.

Porque de estúpido me atrevo a calificar un hecho que al conocerlo me hizo sonreír (desgraciadamente ante ese tipo de actitudes y métodos esperpénticos, sólo nos queda a la mayoría el sarcasmo): la obligada adopción del eskuera como lengua oficial en el Tour, durante la estancia en el País Vasco, como resultado de una de esas concesiones que la Organización de dicha prueba hubo de hacer a Herri Batasuna para que ésta no boicoteara la carrera. Semejante postura sólo sirvió para que nadie entendiera nada, pues el vascuence, a diferencia del español, no puede ser lengua que despierte interés fuera de su territorio por muchos motivos, entre otros por su escásima tradición literaria y porque dentro de dicho territorio se desconoce, como ha señalado G. Salvador, en un tercio, el occidental, de Vizcaya y en casi toda la provincia de Alava; en el resto del territorio alternan con el español hasta tres de los llamados dialectos del vascuence, lo cual es mucho más grave si pensamos que ésta es una lengua *complex*, es decir, aquélla en la que los hablantes de dichos dialectos no se entienden entre sí. Bien es verdad que poner al eskuera en tal tesitura lo desgrada más que lo dignifica; y así lo entendieron los cientos de periodistas que siguieron la prueba deportiva y que lo asociaron a la intransigencia del grupo abertzale al que hubo que consentir, bajo el lema «Esto ro es España ni Francia, la lamentable exhibición política en las distintas dependencias, algo que jamás había vi-

vido la famosa ronda francesa. Quienes actuaron así esgrimieron el idioma como bandera de separación y de vehículo de entendimiento lo transformaron en motivo de altercado y, en este caso, de agravio contra la lengua que hubiera resultado más útil, por el número de personas al que hubiera servido de comunicación, que no era otra que el español. A esta absurda discriminación de nuestra lengua, que algunos vascos han denominado «discriminación positiva» es la que yo califico de estupidez.

Lo de la ignorancia es otro tema; perjudicial también, pero de otra manera.

Hace un par de años, Fernando Fernán Gómez publicó un artículo titulado *Palabras cercanas y lejanas*, en él, el conocido actor/director se refería, con la inteligencia y desparpajo que le son habituales, a esa estúpida costumbre, más o menos arraigada en algunos de sus colegas del mundo de la cinematografía, de sustituir determinadas palabras españolas por otras inglesas, aunque éstas no designaran nada nuevo, algo que antes no estuviera ya en nuestra lengua; así, hacía referencia a *travelling*, *casting*,

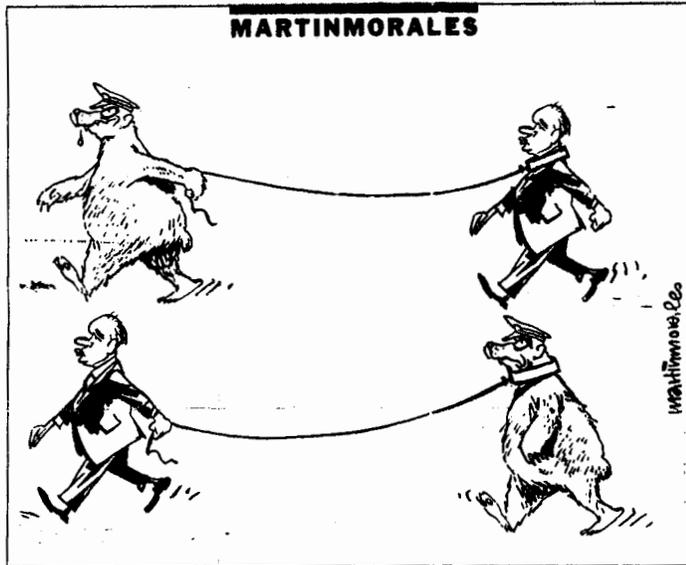
stand by, preferidas, sin justificación alguna, a sus sinónimas españolas. Hace unos días publiqué en IDEAL un artículo sobre publicidad y lengua en el que lamentaba la aparición de términos extranjeros en nuestros anuncios publicitarios, hecho que resulta injustificado cuando existe la palabra en español. Todo lo dicho y algo más me ha sugerido en el día de hoy la lectura del cartel anunciador del *voley playa 92*. En la parte superior se puede leer *Beach volleyball Olympic year championships '92. Almería* (sin acento, porque a lo mejor se dice así en inglés), *España* (que a la postre es la única palabra escrita en español). En la parte inferior, más castellanizada, *Campeonato voley-playa* (sin de). *Año olimpico* (sin acento). *12-16 agosto. August*.

Claro, se me podrá decir que cómo es posible mi desquite, que está escrito en *lengua internacional* (versión actualizada del esperanto) y que con un solo cartel se puede anunciar en el mundo entero, con lo que la llegada masiva de turistas ante el evento es aún más rentable. Posiblemente haya sido una genialidad bienintencionada de perso-

nas que querían mostrar de esta manera la internacionalidad del campeonato. Puede ser que yo no haya captado el intento de acercar nuestras playas en su ambiente deportivo a las americanas y como refresco de tal idea aparecieran esas palabras extranjeras en un anuncio de un campeonato organizado por el Ayuntamiento de Almería.

Evidentemente, no desconocemos la realidad, la ebullición constante de la lengua, que no puede quedarse lejos de la circunstancia social en que vive. Las lenguas cada vez se parecen más unas a otras al tener que aceptar la mayoría la pauta que le viene impuesta por aquella que dispone de mayor poder a la hora de crear más y más útil ciencia; esto hace que la afluencia de extranjerismos sea sin duda un enriquecimiento en muchos casos, en todos aquellos en que las palabras sirvan para denominar algo que no existe en nuestra lengua; así, fue necesario aceptar, entre otros muchos, términos como *starter* o *scanner* una vez castellanizados (estárter y escáner) tal y como aparecen en el diccionario de la Real Academia Española. En este sentido hemos de entender la sentencia unánimemente: «Meter palabras nuevas es meter nuevos matices de ideas». Negar esto sería tan absurdo como poner puertas al campo; sin embargo, confundir lo dicho con la corruptela de intercalar anglicismos en nuestros textos españoles sólo sirve para ir pudriendo lentamente el español con el inglés, como está pasando en algunos territorios hispanoamericanos.

En diciembre de 1975, los franceses pusieron coto a tales provocaciones con su ley de Empleo de la Lengua francesa, la cual, a la par que disponía que la publicidad, la oferta, las instrucciones para el empleo de un producto, etc. deberían hacerse necesariamente en francés, prohibía introducir expresiones o términos extranjeros si existen equivalentes nacionales. Nuestra legislación aún no ha tenido tiempo, envuelta en preocupaciones más transcendentales, de favorecer el respeto a nuestra lengua; de ahí que el hecho de que un concejal de Deportes de una modesta ciudad de provincias permita esa original *mezcolanza* tampoco puede perturbarnos mucho. Además, retomando la frase del anónimo articulista, todavía podemos afirmar que el español avanza *a pesar de* y no *gracias a* la actitud no ya oficial sino en general de tantas y tantas personas que pese a influir en el resto de los usuarios siguen empujadas en permanecer en las filas del ejército destructor.



OBSERVATORIO

Ustedes y nosotros

ANTXON SARASQUETA

DEL discurso electoral se suelen sacar frases y mensajes. Para eso se hacen y se pronuncian. Sin embargo, del mitin de George Bush en Houston, la pasada noche, se puede extraer otro análisis. Decidió confrontar ideas, actitudes y políticas con sus oponentes demócratas. Temas de especial interés en Europa y España, pues tras la caída del comunismo parece que se dan por muertas las ideologías, cuando la sociedad sigue siendo tan plural como antes.

El discurso republicano de esta campaña USA, aparece nitido: defensa de los valores y menor intervención del Estado. Liberalización, en un país que supera a los europeos en este campo. Teniendo en cuenta que el Estado, allí, no es únicamente el Poder Ejecutivo y la Administración Central, sino el Congreso (dominado hasta hoy por los demócratas), y los poderes locales.

Como los demócratas se han puesto la careta de *moderados* y han ganado con ello (y con la crisis económica) muchos puntos electorales, la estrategia republicana ha sido la de *desfacer* el entuerto. Marcar las diferencias. Llamar a cada cosa por su nombre. Visualizar el campo de juego y recuperar la historia. Bush expuso su política y la diferenciación de la de «mis oponentes». Es decir, el electorado tiene dos opciones. Un electorado que se manifiesta exigente, pues demanda cosas concretas antes de posicio-

narse. También dentro de los congresos de los partidos, como hemos visto este mes en los del Partido Demócrata y el Republicano.

Bush propone bajar los impuestos y, además, definir dónde va a ir a parar una parte de ellos antes de recaudarlos y gastarlos. La importancia de los impuestos es radical, pues representan el esfuerzo y sacrificio de los ciudadanos. Se ha comprometido, además, a bajar el déficit público. El despilfarro del Estado. Bush, en la noche de su nueva nominación oficial, entre tanta parafernalia, tuvo que disculparse y mostrar su arrepentimiento público por no haber cumplido con su promesa de no subir impuestos, en sus cuatro años de mandato que ahora concluyen.

La clave está en la relación del Estado con el individuo. Cuanto más intervencionismo hay desde el Estado, menor libertad tiene el individuo para decidir sobre sus bienes y destino. No sólo sobre él, como ciudadano y persona, sino como parte de una familia y de una comunidad.

Basta coger el ejemplo de España a cual-

quier nivel: de repente los empleados ven cómo el gobierno decide que se les retenga más dinero de sus nóminas, a cuenta de sus impuestos. Estos, además, son aumentados. Los presupuestos carecen de control democrático. Aunque pasen el trámite de las Cortes, muchas partidas se tergiversan y hay deudas billonarias que ni siquiera están en los presupuestos, según denuncian los propios funcionarios.

Establezcamos, además, algunas diferencias: la tarifa fiscal es en España exactamente el doble que en Estados Unidos (en lo que se define técnicamente como el *marginal*). En España llega casi al 60%.

Otro ejemplo. ¿Por qué en Estados Unidos se consiguen casi cinco litros de gasolina, por lo que en España cuesta uno sólo? Porque el resto, en España y el resto de Europa, son impuestos que van a parar al manejo del Estado.

El intervencionismo del Estado significa que son los gobernantes y funcionarios quienes deciden cómo se gasta el dinero de los contribuyentes (no éstos). Y cuando los mecanismos de control democrático son tan

vaporosos y desequilibrados como los que hay en España, el resultado es un abuso escandaloso del Estado sobre el ciudadano.

Si las ideologías no se ven como una religión, sino como ideas y actitudes que determinan la vida de las personas y los gobiernos de las naciones, hay que convenir que están tan presentes como antes de la guerra fría. Aunque, como es lógico, desde su interés, tras el hundimiento del comunismo, la izquierda europea —especialmente los socialistas— han querido difuminar las fronteras. Desde el punto de vista de la imagen, y menos de las personas y las ideas.

¿Por qué viene la decepción de una gran parte del electorado español en estos días? Quizás porque no percibe suficientemente un programa alternativo al que existe. Un programa que no se pare en los matices, sino en marcar con rotundidad las diferencias y en asumir un compromiso de liderazgo y gobierno para cumplirlo.

España es uno de los países europeos más intervencionistas (fue la herencia más marcada del anterior régimen), y hoy está inserta en un mercado de galopante proceso de liberalizaciones. España necesita no un cambio, sino un vuelco para salir adelante. El informe del Banco de España difundido ayer, lo decía, aunque con un lenguaje técnico. Pero el mensaje era el mismo. El electorado español necesita saber que hay un *ustedes* y un *nosotros*. Es la opción mínima de toda democracia, en beneficio de todos.